

Autor: Javier Ángel Aparicio Blasco

A finales del mes de marzo, en una noche fría al calor de un brasero, un hombre se debatía en silencio. Sus ojos miraban al infinito y una tristeza invadía su corazón, sus manos entrelazadas por aquellos dedos grandes labrados en el campo, era la estampa de un alma en pena.

Murmuraba, como si mentalmente una novela en su mente se estuviera construyendo, pasaba capítulos y capítulos, pero nunca lograba un final que le dejara satisfecho. Se levantaba, miraba por la ventana y el sonido de la lluvia, lo transportaba a lugares imaginarios, a escenas que nadie nunca hubiera vivido, su soledad, era como aquella cortina que manaba de cielo, empapaba el suelo a la espera de que el calor de sol nuevamente dejara la tierra seca, así había sido su vida.

Estaba harto de los ciclos de la vida, quería romper con aquella sucesión de hechos, que todos asumían y que él no estaba dispuesto a consentir, quería vivir o no quería morir, como vio a su mujer y a su hijo, él era dueño de su destino. De nuevo, se sentó en aquella mecedora, tapo sus rodillas con una manta de cuadros rojos y negros, aposentó sus pies cerca de la fuente de calor y dirigió su mano a aquella copa de vino negro, que el mismo había hecho fermentar y que durante toda su existencia había albergado aquel tonel de madera de haya, que hizo modelar su padre, el día en que nació.

Mientras sorbía, aquel líquido negro que le servía de unguento para sus males, y que las neuronas de su cerebro asimilaban como refugio de que algo extraordinario, estaba a punto de suceder —sorbos cortos y espaciados—, daban a su garganta un calor, que echaban de menos sus dedos de los pies, agarrotados.

Su vida corría por su garganta, el tonel que su padre fabricó, se iba secando, su riqueza quedaba en aquel poso, que convertía el vino joven en uno vino de solera. Quien bebería aquella fuente de sabiduría, sus descendientes habían llenado el cementerio de aquella villa y sólo su compañero le permanecía fiel, un perro San Bernardo, permanecía tumbado junto a él, nunca le había fallado y junto a él muchas vidas habían logrado rescatar. Se preguntaba si el pequeño tonel, que rodeaba el cuello de quien había sido su escolta, durante media vida y que los lugareños conocían y respetaban, podría llevar en su interior parte de su vida, él era el único, que podría romper aquel ciclo de vida, su lealtad, su paciencia, su disposición, su amor, su solidaridad, su aprecio, su presencia, serían su vínculo con el mundo.

Un vaso de vida, sería aquel engendro que portaría, como un beso de amor de madre, como el beso de un enamorado, como el beso que dio en la frente, en unos cuerpos todavía calientes, cuando su mujer e hijo viajaron al mundo de las tinieblas.

Ingirió con el último sorbo, una cápsula que le conduciría al final de su novela, lleno el bidón de la fuente de la vida, beso a su compañero en la frente y tras el último trago y con una sonrisa en su boca, por la vida y por la muerte deseada dejó el ciclo de la vida, transformó a su antojo el final y una copa de vino y un beso, tornaron sus deseos en un final feliz.